

DIMENSION EDUCATIVA: 40 AÑOS

Fueron 40 años en Dimensión Educativa; ayudándola a construir me fui construyendo y lo hice a través de una estrategia: interpelar la realidad desde la utopía. ¿Cómo diablos acercar la realidad a los sueños? ¿Cómo hacer para que la búsqueda no se convirtiera en una aventura desmedida, cómo lograr algo asible, pertinente, posible? La respuesta, vista retrospectivamente, fue sencilla: se trataba simplemente de ser lo que decía ser: un educador. Por algo habíamos bautizado a Dimensión Educativa, educativa.

El apelativo de educador no lo busqué; me encontré con él, de sopetón; quizá “sin querer queriendo”. Surge inercialmente del trabajo que por fuerza de las circunstancias terminé haciendo.

No es para nada gratuito que después de mi expulsión de la universidad como resultado de mi participación en el movimiento estudiantil de finales del 60, donde estudiaba ingeniería, pasara un año de maestro en una zona rural. O que diseñara la cartilla de lectura para los gamines del programa de Nicolo, retomando mi asistencia al primer seminario sobre Freire que se dictó en Colombia, donde la “b” se enseñaba con la palabra “bobo” que significa reloj, porque es muy fácil de robar. O que graduara dos promociones de bachilleres en un colegio experimental donde tan importante como aprender era aprender a convivir.

Ciertamente mi estadía en la Nicaragua Sandinista, cuando todavía la tierra olía a sangre, fue crucial. Me encontré con lo difícil que es construir un “hombre nuevo” a partir de hombres de carne y hueso. Aprendí que el hombre nuevo no se hace por decreto, que además de configurar condiciones objetivas es indispensable elaborar todo un proyecto educativo que minimice la mezquindad de los viejos y la prepotencia de los jóvenes; que impida el revanchismo y el vanguardismo, que sea capaz de aprender de las experiencia de los otros pero que simultáneamente, como dijo Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar: “o inventamos o erramos”. Por desgracia, la Nicaragua actual me da cada vez más la razón.

Y ahora que lo pienso, creo que a eso fue lo que me dediqué en Dimensión Educativa. Traté de ser un educador que contribuyera a poner los pies sobre la tierra a la utopía de crear un hombre nuevo.

Desde Dimensión Educativa tuve la fortuna de trabajar con todas las subpoblaciones expoliadas: mujeres cabezas de familia; obreros que se tomaron las fábricas para defender sus acreencias laborales; campesinos sin tierra, que no tenían tierra ni en las uñas y que me brindaron sus hamacas donde aprendí a dormir encamado en su joroba para esquivar los bichos de

la noche y campesinos desterrados y aterrados; habitantes de los barrios populares; indígenas Sikuani, supuestamente analfabetas donde en los dibujos de sus caras pude leer mil escrituras cifradas; desmovilizados por la guerra y desmovilizados de la guerra; niños trabajadores; analfabetos y alfabetizadores, estudiantes universitarios buscando saber qué buscar, maestros con maestría y maestros sin maestría pero graduados en la universidad de la vida...Tuve, en fin, la posibilidad de conocer la otra cara de Colombia.

Tratando de encontrar la varita mágica que me permitiera visualizar el hombre nuevo, lo vi sutilmente incrustado en el hombre viejo. Pero pude ver lo que no se ve, a través de la etnografía, reconociendo los saberes matemáticos de los adultos analfabetas que operan de maneras audaces y simples, tendiendo entonces puentes entre los saberes empíricos y los saberes hegemónicos; con la etnografía comprendí los intrincados funcionamientos de las plazas de mercado; también aprendí que “no todos los niños pobres trabajan, ni todos los niños que trabajan son pobres” y que las motivaciones para trabajar no siempre se encuentran ancladas a las necesidades económicas pues muchas están atravesadas por los patrones culturales y hasta por exigencias consumistas.

Logré conocer mentalidades e imaginarios. Aprendí que uno cree en sus creencias. Y que las creencias siempre acompañan la vida, la regulan, la validan pero que además, casi nunca se encuentran explícitas, que parecen estar dormidas pero están despiertas.

De la mano de la investigación acción participativa, pude ayudar a habitantes de pequeñas poblaciones a descubrir el arrojo y creatividad de sus paros cívicos e inventé de juegos de simulación para recuperar la memoria y socializarla. Buscando siempre evitar el populismo y el mesianismo, acompañé a otros sin dejar de ser yo mismo.

Con la sistematización trabajé para que siempre que existieran las condiciones, los protagonistas se lanzaran a sistematizar sus experiencias tomando en serio su protagonismo y lo hice a partir plantearles el cómo se conoce; explicitando la meta cognición; descodificando los procesos de categorización. Ayudé a ayudarse.

A partir de la iconografía intenté leer los mensajes ocultos que iban dejando las huellas de la época. Cómo cada periodo histórico poseían una impronta que sólo era posible comprender la después de haberla vivido y cómo era necesario sacar sus necesarias lecciones históricas.

Como resultado de tales búsquedas descubrí lo obvio: que solo el diálogo cultural cualifica la vida, la hace crecer, la enriquece. Pero que dialogar es enormemente difícil porque en cierta medida es una instancia “contra natura”;

todos luchamos para permanecer estáticos, para que nadie nos cuestione, para que nos aplaudan, para que nos imiten. Nos aterra porque desestabiliza, porque evidencia que los otros también existen, porque desbarata nuestro narcisismo. Y para permanecer inmóviles utilizamos el poder del saber y justificamos los egos

Dimensión Educativa me permitió aterrizar. Había que meterle el diente a los problemas. Y descubrí que si el paradigma emancipador es el diálogo, debemos empezar por explicitarlo haciendo una especie de psicoanálisis que ausculte el mundo afectivo y lo amarre a los miedos y a las esperanzas. En 40 años algo hemos avanzado; así quisiera creerlo.

Obviamente las tareas que me impuse sólo están cumplidas a medias. Mi juicio autocrítico puede ser probablemente injusto porque iniciarse en el diálogo de verdad es por lo menos la tarea de una generación y además, nunca termina.

En este momento el dialogar se concreta en ganar el plebiscito por la paz. Tenemos que demostrar que dialogar con la abstención y con el no, es posible. Apliquemos lo aprendido y empecemos hacerlo.